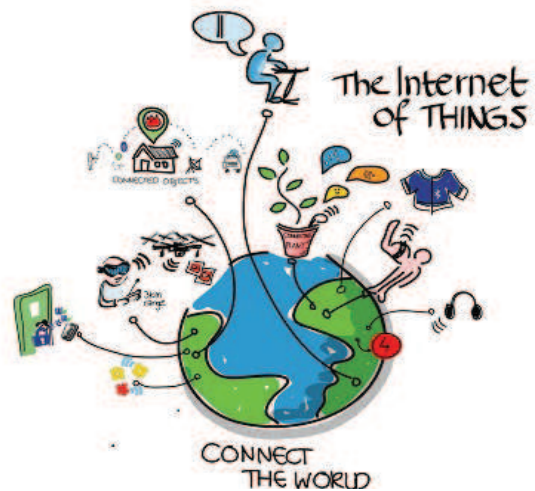


# El localismo agrícola en tela de juicio

Internet y el abaratamiento del transporte han aplanado el mundo, lo han conectado y lo han hecho más global. En un mundo “plano” –global y globalizado–, todo está más interconectado con todo lo que alumbró un sistema cada vez más complejo.

Por ejemplo, si alguien en algún lugar captura y vende el murciélago equivocado, todos podemos tener un problema. Esta es una de las muchas razones por las que los mensajes “contra la globalización” han tomado impulso en lo que va de año y tras la crisis de la Covid-19;



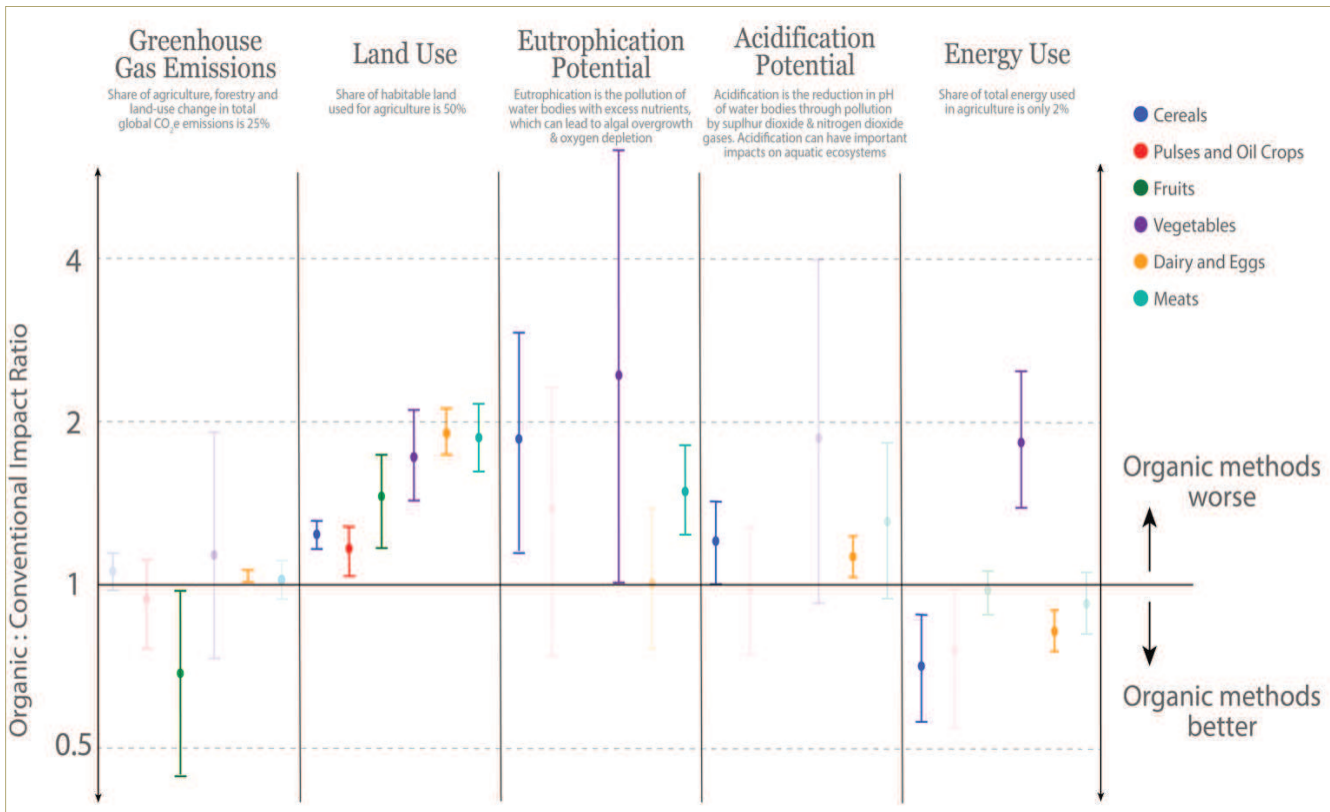
Un debate que afecta particularmente la forma en que producimos y transportamos alimentos a favor de fórmulas que ponen el acento más en el aspecto local. En algunos medios como el *New York Times* se ha utilizado la crisis de la Covid-19 para hacer sensacionalismo con afirmaciones del tipo el “sistema alimentario está roto.” Unos mensajes que buscan conectar de forma fácil con las ansiedades post-pandemia de contar con una producción de alimentos no tanto en base a un enfoque industrial sino en base a explotaciones más pequeñas, familiares, que se nos dibujan más cercanas y sostenibles. En lugar de transportar productos alimentarios por todo el mundo, se nos dice que debemos volver a apreciar los cultivos locales y de temporada.

La globalización de los mercados ha permitido que nos beneficiemos de un precio de los productos alimentarios a precios cada vez más económicos, algo que, hasta cierto punto puede haberse convertido en parte del problema. **Olivier De Schutter**, ex Relator Especial de la ONU sobre el derecho a la alimentación, lo expresó recientemente en una entrevista: “debemos reemplazar el enfoque actual de bajo costo por uno que aborde de manera integral las necesidades nacionales de salud, ambientales y sociales, incluida la necesidad de evitar las emisiones de carbono asociadas con el transporte internacional de alimentos”. Un argumento que también ha trabajado la británica **Carolyn Steel** en su libro *Sitopia: How Food Can Save the World*, en donde se exploran alternativas para que la cadena de alimentación global no únicamente se base en precio sino en valor, lo que incluye calidad y altos estándares de fabricación. Algo que exige una mayor trazabilidad de los productos y una mayor transparencia a lo largo de toda la cadena y hasta el consumidor final, un escenario hacia el que nos dirigimos, pero que aún está lejos.

Esta sensibilidad ha impulsado toda una serie de tendencias ya en marcha pero que han tomado aún más tracción a raíz de la pandemia del coronavirus. Hablamos de los huertos urbanos, la proliferación de pequeñas explotaciones, el auge del cultivo orgánico, la introducción de nuevas técnicas artesanales, etc. Todas ellas, prácticas loables y que sin duda tendrán sus respectivos mercados y que pueden ser fuente de valor para un sector cada vez más rico y diverso. Sin embargo, nos llevamos a engaño si pensamos que podemos alimentar a los 10.000 millones de personas que proyecta Naciones Unidas para finales de 2050 utilizando estos medios y procedimientos de producción sin destruir el planeta.

La agricultura ecológica, en particular, no deja de ser una nueva forma de consumo de lujo para aquellas clases acomodadas que pueden permitírselo. Si uno comienza a analizar los números, encontrará que es significativamente menos eficiente que la agricultura convencional: hasta un 20-30 por ciento; lo mismo que sucede con cualquier explotación local y de pequeña escala. Una ineficiencia que no es únicamente una cuestión económica, sino que incluye también una importante dimensión medio ambiental. Las explotaciones pequeñas, también las urbanas, tienen una mayor ratio de emisiones de carbono y un mayor desperdicio de alimento por unidad producida.

Comparativa del impacto medio ambiental de cultivos extensivos vs. cultivos orgánicos



Fuente: Clark y Tilman (2017); OurWorldInData.org

Imaginemos que pasamos a cultivar nuestra propia comida y que vamos a tratar de alimentar a nuestra familia únicamente con lo producido en un radio de cien kilómetros. Los autores de un estudio reciente publicado en la revista *Nature* estimaron que en base a esta hipótesis de funcionamiento (que todo el mundo se alimentará con lo producido de forma local), y que incluía el cultivo de trigo, arroz, maíz, sorgo, solo se podría alimentar entre el 11 y el 28% de la población mundial arrojando unas cifras de erosión medio ambiental por unidad producida muchísimo mayores que las actuales. De hecho, para que el sistema funcione, lo habitual es que de media, los alimentos viajen una media de más de mil kilómetros.

La razón es tan simple como que la producción de alimentos depende de las diferentes condiciones climáticas que hacen que unos cultivos sean más productivos en unas zonas que otras. Cada zona dispone de unas condiciones, no únicamente climáticas, también de condiciones del suelo y agua, para cultivar un determinado tipo de alimentos. Cuanto mejor esta ajustada este binomio condiciones-cultivo, mayor es la productividad a igualdad de otros factores como la dotación de capital, pero es que también menor es la erosión medio ambiental (por ejemplo, por tener menores necesidades de aplicar químicos y fertilizantes). Esta altísima variabilidad climática y de cultivos hace

que no en todos los sitios sea igual de “eficaz” favorecer la compra local: por ejemplo, ésta es relativamente más eficaz si vivimos en el delta de un río con clima templado y fértil, y es más ineficaz si vivimos en zonas de clima extremo y seco, ya sea calor o frío. En suma, según como sea de fuerte nuestra ventaja comparativa y teniendo en cuenta que el comercio es siempre una fuente de eficacia, bienestar y menor impacto medio ambiental.

Al mismo tiempo, el tema del comercio y el movimiento de alimentos suele levantar suspicacias con respecto a los costes medio ambientales de este movimiento; sobre todo y típicamente a nivel de emisiones de CO2. Sin embargo, de nuevo, si uno observa los datos la realidad es justo la contraria. En términos netos, si realizamos un seguimiento de todas las emisiones de carbono relacionadas con la cadena de valor agrícola –producción, envasado y distribución de alimentos–, la contribución del transporte es sorprendentemente pequeña: apenas un 10 por ciento; y para alimentos como la carne de res, este porcentaje baja al 0,5 por ciento. El otro 90 por ciento proviene del grueso de elementos que intervienen en la producción. La compra local, reduce el tramo de emisiones y erosión medio ambiental correspondiente al 10 por ciento, pero cuyo efecto neto es negativo debido a la mayor ineficacia medio ambiental en el 90% restante.

La agricultura local a menudo significa cultivar en suelos menos adecuados (o totalmente inadecuados) para el cultivo de alimentos, lo que exige un mayor uso de fertilizantes (y más sofisticados y caros), más cantidad de agua, o pesticidas. En un sistema alimentario global ideal, todos cultivan los alimentos que mejor se adaptan a su propio clima y suelo, y luego los intercambian con el resto del mundo, lo que en conjunto permite un mejor aprovechamiento de los recursos y una menor contaminación ambiental en todos los sentidos.

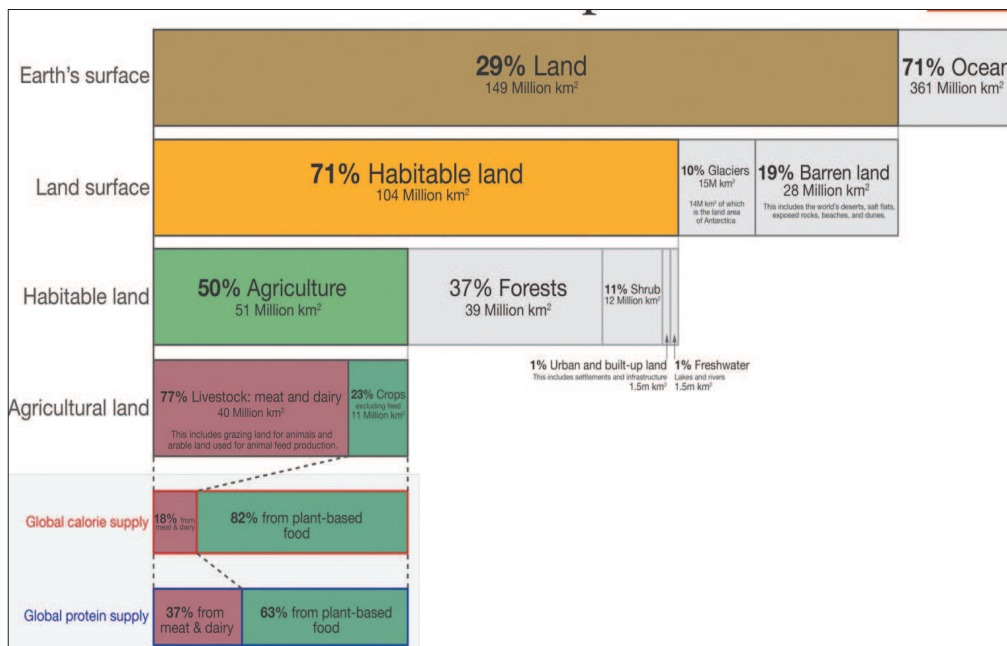
Lo cierto es que la industrialización de la agricultura y su intensificación no resulta un problema para la naturaleza o la biodiversidad como algunas veces se da a entender en medios de comunicación. La principal causa de disminución de la biodiversidad (número de especies) es la destrucción y fragmentación del hábitat de las especies. Un elemento que se minimiza al cultivar nuestros alimentos de la manera más eficiente posible lo que exige menos cantidad de tierra (y de recursos) por unidad producida, es decir, más alimentos con menos tierra y menor erosión de los recursos naturales y biológicos.

En las últimas dos décadas se han realizado muchas investigaciones sobre este dilema: ¿es mejor invertir en una agricultura respetuosa con la vida silvestre a expensas del rendimiento de las explotaciones, o es mejor producir con la menor cantidad de recursos posible (es decir ahorrando) y dejando una proporción mayor para la naturaleza? Las investigaciones en países como Ghana, India, Polonia, Colombia y Kazajstán, entre muchos otros lugares, demuestran

como este segundo enfoque es la mejor estrategia para preservar la biodiversidad del planeta. Animales y plantas silvestres generalmente no se mezclan bien con la agricultura de ningún tipo, sin importar cuán amigable con la vida silvestre que uno crea que puede llegar a ser su granja lo que hace que lo mejor para la preservación de la riqueza medio ambiental sea favorecer sistema agrícolas capitalizados, extensivos, productivos y que hagan un uso lo más eficientemente posible de los recursos disponibles de manera que se minimice su huella y ahorren el mayor número de recursos.

Es por eso por lo que el potencial mundial de conservación de la tierra sigue siendo enorme. Otro estudio reciente de la revista Nature, remarcaba que al intensificar la producción en las regiones más fértiles del planeta, podríamos devolver la mitad del total de tierras agrícolas existentes hoy en día y que se liberarían para la naturaleza. En la misma línea, un estudio holandés estimó que Europa podría producir tantos alimentos como lo hace ahora en solo una cuarta parte de su área cultivada actual, optimizando y concentrándose en los lugares más fértiles. Una visión que para por una mayor apertura comercial y por un modelo que apueste por favorecer la competitividad del sector, y que desmitifica la obsesión con pretender que la agricultura de proximidad es solución a todos los problemas. Dado que las ganancias de rendimiento han superado el crecimiento de la población en Europa durante las últimas tres décadas, la superficie total necesaria es probablemente incluso menor. Esto implicaría estar en disposición de devolver tres cuartas partes de la tierra agrícola en Europa a la naturaleza.

Usos de la tierra disponible

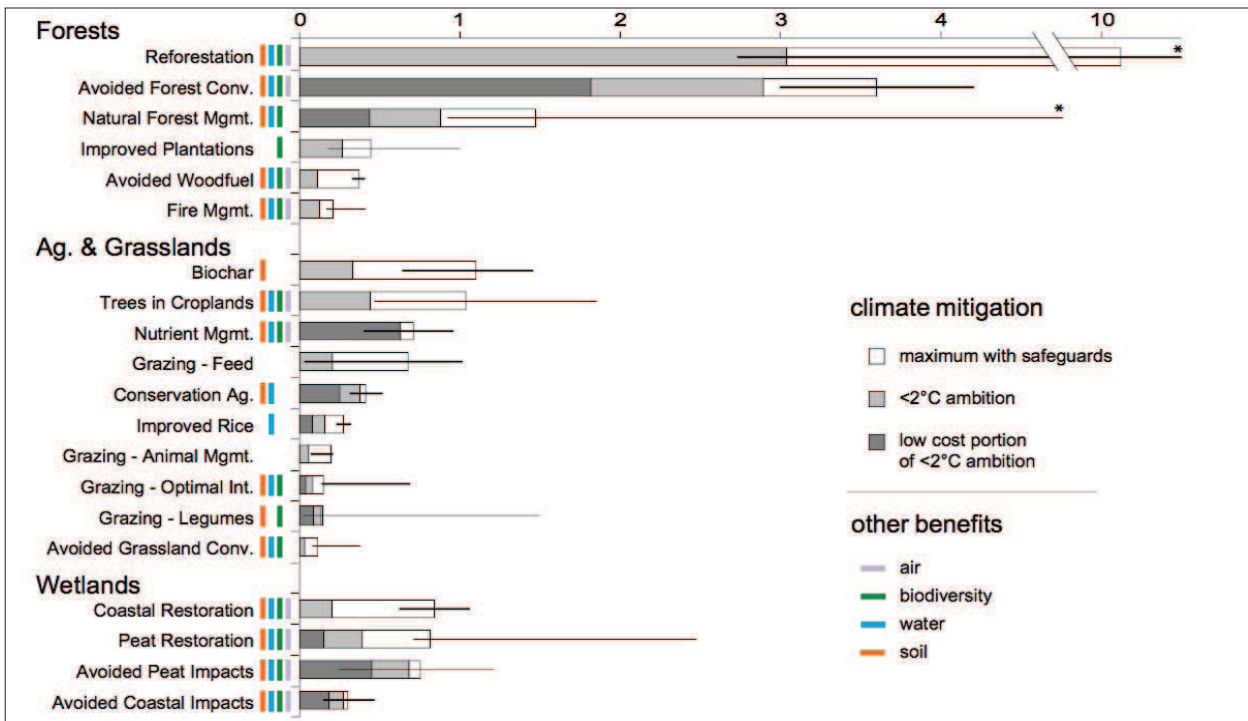


Fuente: FAO. Sobre el total de superficie habitable para la vida, hoy en día los humanos necesitamos un 50% para la producción de alimentos, en comparación con el 3% que utilizábamos en el año 1400. Poder revertir esta tendencia a través de una agricultura cada vez más eficiente sería uno de los grandes logros de este siglo.

Al final el corolario es que la agricultura industrial-extensiva, capitalizada y productiva son buenas noticias para el clima. Según el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (IPCC) de Naciones Unidas, los cambios en los usos de la tierra han sido el segundo contribuyente más importante al cambio climático desde la revolución industrial. Se ha añadido más CO2 a la atmósfera mediante la transformación de bosques en granjas que mediante la quema de petróleo y gas. Solo el carbón ha tenido un efecto mayor en nuestro clima. Los humanos usamos cerca de la mitad de toda la tierra libre de hielo, frente al 3 por ciento que se usaba en 1400; revertir esta tendencia gracias a los incrementos en la productividad sería un logro extraordinario; algo además más realista que los

utópicos planes de una economía “libre de CO2”. Un estudio reciente de PNAS (Proceedings of the National Academy of Science en EE UU) demostró que la reforestación es la forma natural más efectiva de combatir el cambio climático. En 2016, investigadores de la Universidad de Cambridge demostraron que el Reino Unido podría cumplir sus objetivos en virtud del acuerdo climático de París (2015) sin siquiera tener que cambiar su mix energético,; simplemente concentrando su agricultura y devolviendo la tierra liberada a la naturaleza, sembrando así más árboles que absorben dióxido de carbono del aire, un tema del que todavía falta un marco legislativo que reconozca los derechos de absorción y que permita operar con normalidad y en régimen de justicia al conjunto del sector forestal.

La importancia del incremento de la masa forestal y el medio ambiente



Fuente: “Natural climate solutions”, PNAS ([www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1710465114](http://www.pnas.org/cgi/doi/10.1073/pnas.1710465114)). Contar con una agricultura extensiva y productiva, libera tierra agrícola para otros usos como la forestación lo que esta demostrado es una de las palancas más eficaces para luchar contra el cambio climático.

Siempre existirán costes asociados con la producción de alimentos—de cualquier producto— como las emisiones de carbono; unas externalidades que para que los sectores operen de forma sostenible se han de procurar internalizar lo que requiere de un marco regulatorio estable para que, con esta internacionalización de costes, los productores puedan llevar a cabo las inversiones necesarias para ganar en productividad y poderlos absorber con el tiempo.

Huelga decir, y para concluir, que la actual pandemia del coronavirus no se originó en la agricultura industrial ni bajo el control y supervisión de los grandes players del sector. Al revés, la seguridad alimentaria en las grandes explotaciones, cada vez dotadas de un mayor control y capacidad de trazabilidad, tienen unos estándares de calidad que minimizan los brotes virales en relación con las muy fragmentadas y difíciles (sino imposible) de controlar explotaciones locales, donde se producen mezclas entre especies (muchas veces entre animales silvestres y domésticos), que dan lugar a nuevas enfermedades que, al no disponer de mecanismos de control, pueden saltar originando graves problemas de salud pública. En parte también, la prevención de pandemias en el futuro pasa por un sistema agrícola que enfatice más la división entre los animales de granja y la naturaleza, no menos.